

## DONDE SIEMPRE ES OCTUBRE

### PENSAMIENTOS AZULES

- ¡Muriel!

Francamente, hace ya tres días que pienso en ella con un deje de nostalgia. Luego debe de ser cierto que estuve enamorado. Ha sido mala suerte la mía, descubrirlo justamente ahora que su nombre corre de boca en boca y gira como una peonza. En una ciudad pequeña como la nuestra, en la que la historia del vecino es conocida tan al detalle como la propia, Muriel se consideraba un pegote de barro en las cortinas, la mujer más escandalosa de Oilea. Bien, sin negarlo, si partimos de ello, ¿qué necesidad tenía de remover entre la basura? Muriel era un caso extraño, lo reconozco. Se solazaba en el dolor.

También mi caso suponía una excepción. Ser extranjero me ha condicionado más de lo que yo, al llegar aquí, hace ya más de veinte años, podría haber imaginado. La pequeña sociedad de Oilea se había constituido férreamente cuando llegué. Y eso a veces resulta realmente molesto.

Yo visitaba a Muriel con frecuencia. Había ido al colegio con Guillemette. Guillemette es toda una dama. No me cabe la menor duda de que, aunque supiera de mi enredo con Muriel, jamás sentiría celos de su amiga. Francamente, Guillemette ha terminado por revelarse como el mejor de mis negocios. Excepción hecha de los primeros tiempos de nuestro matrimonio, en los que tuve que reprenderla varias veces porque su temperamento juvenil daba lugar a situaciones que, francamente, me incomodaban, su comportamiento puede definirse como intachable. No he podido nunca levantar la máscara de Guillemette, pero imagino que mostrará por dentro lo que deja adivinar fuera: un alma ordenada, pulcra y dócil, que ha procurado siempre facilitarme la vida y que se contenta con reunirse con sus amigas algún día entre semana con motivo de aburridos té de sociedad.

Cuando me citaba con Muriel en su casa, solía encontrarla impecablemente vestida, y con la cabeza llena de fantasías. Conocía mis gustos mejor que yo mismo, y sabía crear algo distinto a una atmósfera dulce y hogareña, algo como jamás Guillemette, con su mecedora y sus bordados, podrá lograr. Me daba cuenta de que en estos últimos meses a veces parecía triste, como si se le hubiese apagado una bujía interior, pero espantaba sus inquietudes de un plumazo. Siempre se me ha dado bien consolar a las mujeres.

-¿Cómo sigue Muriel? -me preguntó una tarde, hace mes y medio, Guillemette. Había comenzado a bordar uno de sus interminables juegos de cama junto al fuego, y yo, que me arreglaba para salir, me sentí un poco violento.

-Bien...

-¿Le llevarías un mensaje de mi parte? -continuó-. Dile que Delian está aquí y que desea verla. Dile que trae su rosa azul.

Se lo prometí, irritado por no saber nunca si sus frases delataban inocencia o descaro. Sin embargo, ella no podía intuir que casi todas las tardes, después de leer el periódico en el Casino me dejaba caer por casa de Muriel. En esa ocasión no recordé el mensaje de mi mujer hasta el final, cuando ya me despedía en la puerta.

-Por cierto, Guillemette te envía recuerdos. También me dijo algo acerca de alguien que traía una rosa azul y que deseaba verte.

Muriel no me escuchaba. Retorcía un mechón de pelo entre sus dedos; lo rizó sobre la frente.

-¡Ah! Delian...

¡Muriel! Yo lo ignoraba todo hasta que interrogué a Guillemette; tampoco conocía a Delian Aryam. Son de masiadas las personas a las que hay que recordar en esta ciudad.

-Abandonó Oilea hace trece años. Su talento merecía algo más que una ciudad de provincias, pero no tenía dinero, y su abuelo no aprobaba sus intereses. Se nos prohibió hablar de ello en nuestras casas, y entre nosotros utilizábamos claves; decíamos en susurros que Delian buscaba no dinero, sino *La rosa azul*, como la novela de Vahalis Notesco. Y Muriel, que por entonces comenzó a cobrar una renta, le prestó la cantidad que necesitaba, y Delian marchó. Alguna vez me escribió; pero los mitos no recuerdan a sus amigos.

De modo que Muriel había estado enamorada de Delian; el dinero no se presta a cualquiera sin razón. Resultaba extraño en ella, tan poco dada a lo sentimental... Estaba yo, por supuesto, pero mi caso, francamente, no me cabe ninguna duda de ello, se debía a una excepción. Soy consciente de la fascinación que ejerzo sobre las mujeres, en especial sobre las más jóvenes. Tal vez Muriel hubiera deseado, en algún momento, casarse conmigo. Yo la quería. Pero estaba casado, y no era ningún jovencito como para cometer tonterías. Le llevo dieciséis años a mi mujer, dieciséis años a Muriel.

Tamborileé con los dedos, meditabundo. No conocer los secretos de la mujer propia es irritante, pero ignorar los de la ajena resulta ridículo. Me sentía ofendido. Y mientras pensaba esto y daba vueltas al enigmático asunto del tal Delian, Guillemette sonreía con algo de indulgencia hasta que, de sopetón, me anunció que Delian vendría a tomar el té con nosotros ese jueves.